

El movimiento estudiantil: actualidad y retrospectiva

JOSÉ LUIS HOYO ARANA

Resumen

En este trabajo, el autor aclara que antes de que nos preguntemos que es un movimiento estudiantil, tenemos que conocer la naturaleza de la institución donde aquél nace: la universidad. Desde la Alta Edad Media, comenta, la universidad se ha caracterizado por su estructura corporativa. Esto implica un cierto aislamiento de la universidad respecto al exterior. Además, como una corporación, la universidad significa jerarquía y privilegios. Estos dos elementos pueden llegar a ser peligrosos cuando la universidad es penetrada por los políticos.

De hecho, la invasión política de la esfera de la ciencia genera una terrible deformación de la noción de autonomía. Así, jerarquía, privilegios y aislamiento forman una mezcla explosiva: la universidad pierde su naturaleza de fuente de conocimiento, tornándose parcela de corrupción. Ciertamente, una universidad libre no debe divorciarse de la realidad; sin embargo, la interacción y retroalimentación sociales tienen que evolucionar, significando ideas maduras y no anacronismos utópicos. En síntesis, concluye el autor, la universidad tiene que generar confianza social, empezando por ella misma.

Abstract

Before asking what a student movement is, the author tells us that we have to know the nature of the institution where it is born: the university. Ever since the High Middle Age, he says, the university has characterized itself for its corporate structure. This implies a certain amount of isolation with the outside. Moreover, as a corporation, a university means hierarchy and privilege. These two elements may be dangerous when the institution is penetrated by politicians.

In fact, the political invasion of scientific spheres terribly deforms the notion of autonomy. Thus, hierarchy, privilege and isolation produce an explosive mixture: the university loses its nature as a source of knowledge and turns into a parcel of corruption. Certainly, a free university must not divorce itself from reality; however, social interaction and feedback must evolve, meaning mature ideas and not utopian anachronism. In short, the author concludes, a university must generate social confidence, starting with itself.

Remoto ya el año glorioso del 68 —Berkeley, Primavera de Praga, Revuelta parisina, Plaza de Tlaltelolco—, nuevos y renovados acontecimientos estudiantiles sacuden inesperadamente a la Universidad mexicana y a la conciencia nacional al terminar el siglo. Minimizado en su inicio, exultante después, preocupante más

tarde, desconcertante al final, el último movimiento estudiantil del milenio trae consigo más interrogantes que respuestas para una sociedad en transformación y un régimen político en proceso de consolidación democrática.

Si deseamos explicarnos el movimiento estudiantil que paraliza la UNAM desde hace más de seis meses,¹ tenemos que reflexionar sobre la composición social, origen, propósito, contexto nacional e internacional y derivaciones del conglomerado estudiantil que agita la máxima casa de estudios de la nación. Si queremos evitar la crónica periodística o el artículo de opinión coyuntural, es necesario ubicar a la Universidad y al cuerpo estudiantil en un marco de referencia que nos explique sus privilegios y comportamiento dentro de la sociedad, de la cual se nutre y a la cual se debe. No es posible soslayar que la universidad, nacida en la Alta Edad Media y producto típico de la organización corporativa medieval, continúa conservando muchas de las características que le dieron origen y que, con escasas transformaciones, se han mantenido hasta nuestros días.

Carácter estamental y comunitario

La universidad se origina y nace en los antiguos claustros **convencionales**, en los recintos palaciegos, en las escuelas episcopales que constituían las únicas fuentes de saber en la Edad Media. Y como tal, recibe de sus patrocinadores las características que los distinguían del resto de los mortales. Desde la Universidad de Bolonia, príncipes, obispos y papas se disputan el privilegio de auspiciar y cobijar en su seno al *alma mater* generadora de conocimientos, de saberes, de descubrimientos, depositaria de arcanos y misterios que sólo en ella y desde ella podían explicarse. Fue en los albores de la Alta Edad Media cuando la época oscura reclama con urgencia la luz que ilumine saberes y quehaceres de una sociedad que se multiplica y crece. Ya no basta el manejo de las armas, ni las gestas caballerescas fincadas en la lealtad y la creencia: el *Trivium* y el *Quatrivium* darán cuenta de la demanda social de gramáticos, inductores, oradores, lógicos, matemáticos, filósofos, médicos, teólo-

¹ Estas líneas se inician a fines de octubre de 1999 y concluyen el 12 de noviembre, día de la renuncia del rector.

gos, abogados, capaces de adquirir la *universitas* del conocimiento, tan escaso en aquella época, pero indispensable para el funcionamiento de las instituciones feudales.

Junto a los gremios de los artesanos, los egresados de las universidades medievales fueron los predecesores de las profesiones liberales de la universidad napoleónica: seres solitarios —salvo los teólogos, atados a la corporación eclesiástica— que ejercían su profesión a cambio de compensaciones monetarias de parte de la nobleza, de los comerciantes y del pueblo en general.

Otra suerte era la de los claustros de profesores, mientras los estudiantes cursaban arduos años de estudio hasta coronarlos con el bachillerato, la maestría —formación análoga a la de los maestros artesanos— o el doctorado, que daba el derecho a enseñar lo aprendido. Ambos cuerpos quedaban atados a una comunidad, a una organización de carácter corporativo que le^s daba su propio status —en el sentido estamental— dentro de la sociedad feudal, y que conllevaba distinciones y privilegios: distintos tamaños y colores de capas, birretes y plumas, daban cuenta de la capacidad, grado de avance y situación jerárquica de docentes y estudiantes.

Estos últimos compartían un espacio común, en el claustro universitario, en los colegios donde residían, en las pequeñas ciudades medievales que los toleraban y les daban cobijo, y tenían códigos propios que los ligaban a hermandades y cofradías. Pero algo característico era también el ser partícipes de los privilegios —muchas veces sancionados con fueros— que los distinguían del común de los mortales y que los identificaban y acercaban más a sus patronos protectores: el clero y la nobleza, siempre dispuestos a tolerar sus excesos y auspiciarlos mientras fueran instrumentos dóciles del dominio imperial o eclesiástico.

Así, el carácter *estamental* y corporativo, típico de las organizaciones medievales, no sólo está en el origen de la organización universitaria, sino que es quizá uno de sus elementos más reacios a transformarse y menos dispuesto a diluirse o desaparecer a casi mil años de fundada la institución. Max Weber, en su conocida obra sobre las corporaciones estamentales,² no sólo alude al ejército,

² Max Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1969, p. 245.

al clero y a la nobleza como corporaciones típicas de este tipo de organizaciones (que obedecen a una estructura jerárquica y *se* constituyen como cuerpos homogéneos con funciones específicas), sino que alude a los estudiantes como ejemplo típico de una organización estamental, **fincada** en un "modo de vida" y en "maneras formales de educación" que, además de otorgar fueros y privilegios y precisamente en función de éstos, diluye la procedencia de clase, riqueza o abolengo, absorbiéndolos y sustituyéndolos por la pertenencia ideológica, el honor o el lazo sentimental que integra al individuo al cuerpo estamental, con el cual se identifica y del cual forma parte: identificación y pertenencia **sólo** equiparables a las de los grupos primarios, en los que la comunidad de sangre o religión constituyen lazos indestructibles de solidaridad y apoyo.

Ni el Renacimiento con su renovación ideológica, ni la Ilustración con su embate racional a ultranza, lograron destruir estos rasgos corporativos y estamentales de la universidad. Antes bien, los reforzaron o les agregaron el signo propio de su época. Más aún, en pleno Despotismo Ilustrado, Wilhelm von Humboldt obtuvo para la universidad prusiana el privilegio de la autonomía, o sea la independencia del cuerpo académico, no sólo frente a las otras corporaciones y gremios, sino frente al mismísimo emperador y ante las corporaciones **eclesiásticas**.³

Así, la autonomía universitaria nace, más que por una necesidad del saber **mismo**,⁴ por la necesidad de independencia, de pertenencia y de privilegio propio de las organizaciones estamentales, únicos elementos que pueden proporcionar a la universidad las características propias que la diferencian del entorno social y que le proporcionan su razón de ser y deber ser: la ética estamental frente a los cofrades es un comportamiento distinto al que se mantiene frente al extraño, el ajeno, así sea superior o inferior, dentro de la escala social global: el elemento externo es tolerado, cuando más permitido, pero es siempre algo que está fuera del grupo, que no es propio ni avala razón alguna para identificarse con él.

³ Este hecho es sólo comparable a la autonomía lograda por Justo Sierra como merced y favor magnánimo de Porfirio Díaz.

⁴ Este se cultivaba también en gremios, cofradías y conventos.

El desprecio de los militares para con los civiles, la displicencia del clero para con los feligreses, la superioridad del académico frente a los ignorantes, están vinculados a actitudes mesiánicas que distinguen al miembro corporativo del resto de los mortales, al tiempo que reclama privilegios exclusivos en función del honor, la religión o el saber, y precisamente por pertenecer al gremio de los elegidos (¿símbolo de predestinación o de vocación, en palabras de Weber?) a quienes se debe prestancia y respeto, en esta vida y en la otra: el derecho a portar armas, la exención del trabajo, la perpetuación, la trascendencia de lo temporal a través de los hechos heroicos o del conocimiento, de la santidad o de la obra escrita, son típicos comportamientos estamentales.

En el fondo, la pertenencia estamental crea un rango de privilegio y de libertad: los principados y jerarquías que sujetan al resto de los mortales carecen de influencia ante el complejo estamental: de ahí los múltiples adjetivos universitarios que sujetaban a la universidad exclusivamente al rey —*real*—, al papado —*pontificia*—, que gozaba de ambos privilegios —*real y pontificia*—, que enfatizaban su particularidad —*libre*— o dimensión específica —*nacional*—.

La universidad y el Estado

Si la universidad nace como tenue cabo de vela entre la oscura noche de la Edad Media, serán los primeros Estados nacionales (España, Francia, Inglaterra) quienes mayor provecho sacarán de ella para consolidar su expansión y dominio. Los sabios de Salamanca discuten la redondez de la tierra. El método cartesiano es enseñado en París. La Revolución Industrial surgirá de la universidad inglesa. Pero quizá el mayor vuelco habrá de ocurrir entrado el siglo XIX con la universidad napoleónica, cuando la reforma universitaria rompe con el claustro académico para retroalimentar las aulas a través de la práctica de las profesiones liberales: el médico, el abogado, no sólo repetirán en las aulas el contenido de libros y revelaciones, sino que llevarán a ella el fruto de su práctica profesional, el conocimiento adquirido en el ejercicio experimental de la vida cotidiana, el servicio que se presta a la sociedad y al estado, y que se revierte con nuevas experiencias y conocimientos que

enriquecen el aprendizaje de los estudiantes y el conocimiento de los profesores. La mayor parte del profesorado abandona el claustro estamental y cambia la vida comunitaria por la práctica social de su profesión liberal, que ejercerá individualmente y con apenas algunos elementos residuales de pertenencia gremial: es el lobo estepario, dueño personal de sus conocimientos, que comparte con los únicos que pueden valorarlos y entenderlos: estudiantes y profesores.

Lo cierto es que en el Estado moderno, la universidad se convierte en eje y motor de revoluciones industriales, cambios tecnológicos y renovación del conocimiento: a ella queda indisolublemente agregada la idea de progreso (recuérdese la Escuela Nacional Preparatoria); en ella se forman los cuadros dirigentes del gobierno, la industria y los servicios, y termina siendo la niña mimada del sistema, el alma *mater* que conserva sus privilegios medievales, a la que se subvenciona y estimula, y donde los hijos de las elites reproducen conocimiento y descendencia: los escritos de Domhoff y Wrigth Mills, que a pesar de su antigüedad no han perdido vigencia, son particularmente ilustrativos al respecto.⁵

Este eje motor del conocimiento tiene especial relevancia en México, sobre todo desde que la Revolución decide bajarse del caballo y el *Cachorro* de la *Revolución* se convierte en símbolo de los nuevos tiempos: quienes en adelante tienen derecho a gobernar, son los hombres leídos y escribidos, ya no los hombres de armas: hecho que ya constataran Zapata y Villa cuando ocupan efímeramente el palacio nacional, para regresar a la familiar silla del caballo. Pero simultáneamente, para llegar a la silla presidencial había que pasar por la universidad, que desde entonces y hasta el sexenio pasado, como dijera Gabriel Zaid, se convierte en depositaria de las llaves del reino.⁶

Pero este hecho convierte a la universidad en canal casi exclusivo de movilidad social, sobre todo para las clases medias, y simultáneamente en codiciado botín de políticos y oportunistas. Al cobijo de la autonomía, todo se vale y se puede todo: impulsar y destituir

⁵ William Domhoff, *¿Quién gobierna los Estados Unidos?*, México, Siglo XXI, 1983; Wrigth Mills, *La elite del poder*, México, FCE, 1993.

⁶ Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1989.

rectores y directores, formar grupos políticos, cobijarse de la persecución de la justicia, presumir de bases inexistentes, codearse con las futuras elites, esperar tiempos mejores. El título universitario se convierte en nuevo título nobiliario para suplantar a los antiguos títulos de nobleza por derecho de sangre y a los grados militares obtenidos en campaña. Como en *La ciudad y los perros*,⁷ los jóvenes pueden trasegar, hacer y deshacer mientras no toquen los cánones fundamentales del sistema.

Pero estos cánones tradicionales fueron rotos en el 68, cuando la depositaria de las llaves, como supone Zaid, pretendió ocupar el reino: aún queda por escribirse el compromiso de políticos e intelectuales que desde la universidad trataron de apoderarse a perpetuidad del poder, lo cual hubiera sido aún más nefasto para la universidad y la habría dejado en situación aún más precaria. Como afirma Niklas Luhmann,⁸ el subsistema de la política y el subsistema de la ciencia son independientes e incompatibles entre sí. Cuando ambos se mezclan, lo único que pueden acarrear es simulación, corrupción y lastre. Los presidentes —salvo Ruiz Cortínez— para llegar al poder, tuvieron que ser antes licenciados, descartando con ello de la silla presidencial a lo honrados señores a secas, a los militares (Corona del Rosal tuvo que estudiar leyes para aspirar a la presidencia), a los maestros normalistas (Martínez Domínguez), a los obreros por más poder que hubieren acumulado (Fidel Velázquez), y no digamos a los hijos del pueblo, para quienes el Instituto Politécnico Nacional apenas podía reservar algunas dependencias estatales.

A la inversa, la UNAM se convirtió en pedigüena permanente del Estado, que generosamente la atendía y subvencionaba, dependiendo del presidente en turno. Pero las leyes y el Derecho, de mutuo acuerdo y conforme a un código no escrito, quedaban sujetas al poder, y aquéllas fueron más rigurosas o más benévolas —práctica tradicional desde Benito Juárez— dependiendo de que el infractor fuera amigo o enemigo. Así, la facultad que proporcionaba los presidentes al sistema renunciaba también por anticipado a la

⁷ Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, Barcelona, Seix Barral, 1975.

⁸ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, México, UIA/Anthropos/Iteso, 1996.

racionalidad de la norma y al Estado de Derecho, para someterse a los dictados del poder. No fue sino hasta en fechas recientes que un azar fortuito del destino llevó a un hijo del pueblo a la silla presidencial.

La educación superior y el 68

Al ocurrir el enfrentamiento entre el núcleo estamental corporativo de la UNAM y el titular del gobierno en turno,⁹ el trágico desenlace sacudió la conciencia nacional y dio cuenta de la fractura del sistema: los estudiantes que entonces poblaban la máxima casa de estudios eran los mismos que ahora se educan en instituciones privadas y en el extranjero. Los estudiantes del IPN, que, a decir de Soledad Loaeza, fueron reprimidos con mayor brutalidad y rigor, no tuvieron quien escribiera su noche de Tlaltelolco, ni sus días ni sus años.

En la primera mitad de la década de los setenta, Luis Echeverría intentó la reconciliación entre el gobierno y la universidad y, al minuto de silencio que guardara como candidato, siguió la liberación de los presos políticos y la incorporación de intelectuales a su sistema. *Echeverría* o el fascismo, era el aforismo intelectual en boca de quienes habían sido convocados como consejeros o asesores presidenciales. La apertura democrática realmente significó para muchos disidentes, además de la tolerancia ideológica, la apertura del mercado laboral. Para la universidad, se abrieron las arcas de la Nación: se quintuplicó el presupuesto universitario, se fundaron los Colegios de Ciencias y Humanidades, se inició el proyecto de las Escuelas de Estudios Profesionales.

Los jóvenes vociferantes del 68 encontraron abundantes ofertas de empleo tanto en el sector público como en el universitario, aun cuando su preparación y méritos dejaban mucho que desear. Jóvenes profesores se incorporaron a la planta docente apenas concluidos sus estudios de licenciatura y muchos aún como pasantes. En los Colegios de Ciencias y Humanidades poco importaba contar

⁹ Dejo constancia anticipada de mi repudio, desde entonces público y manifiesto, al abuso estatal de la Fuerza, a la represión estudiantil y a la masacre de Tlaltelolco.

con el “cartón”¹⁰ para obtener una plaza: era más importante haber sido militante en el 68. Este lastre fue penosamente remontado en las administraciones subsecuentes a través de becas y liberación de horas de trabajo para la superación —y en muchos casos **capacitación**— del profesorado.

Algunas facultades se ideologizaron en extremo, al punto de apenas dar cabida a corrientes distintas al marxismo en boga, por entonces ya de salida en Europa. Junto a los estudiantes en extremo brillantes y capaces, comenzaron a pulular los que podían pasar dos, tres, cuatro semestres, con el mismo código conceptual de lucha de clases y capitales. El resultado final fue el mismo de la universidad alemana: el empobrecimiento de la ciencia, la fuga de cerebros, el abandono de la enseñanza. Añádase a ello el “**multi-chambismo**” auspiciado desde el sector público: muchos disidentes fueron cooptados con dobles y **triples** empleos —tanto en la universidad como en el sector **público**—, sobre todo en el sexenio de la abundancia. La universidad, entonces, se llenó de diletantes y desempleados: quienes no obtenían un puesto en el sector público o privado, de seguro podían encontrarlo en el medio académico, puesto que la UPN y la Universidad Autónoma Metropolitana abrían también generosamente sus puertas.

Pero en el 82 el sueño terminó y la cruda realidad de una **economía** ficticia que había vivido de prestado para pagar la enorme nómina de servicios sin tener contrapartida en la producción, cayó por su propio peso. Desde entonces la universidad vivió de promesas y tuvo que **instrumentar** programas de estímulos para atenuar la creciente fuga de profesores hacia otras ocupaciones, así como para obligar a rendir a los diletantes. Pero el daño de la política metida a la academia y de la academia metida en la política estaba hecho. Incluso quienes tuvieron oportunidad de leer y enseñar El político y el **científico** de Max Weber, lo dejaron como elemento de consumo teórico, escasamente aplicable a la realidad nacional. Al contrario: al rector se le exigía y se le exige ser político y **científico** simultáneamente, tareas tan incompatibles como el agua y el aceite, por lo menos al decir de Weber.

¹⁰ Así era denominado en los CCH el título académico universitario. Gran parte del nuevo profesorado apenas contaba con 50 por ciento de créditos, que en gran parte eran complementados con ideología y entusiasmo.

Reforma política y movimiento estudiantil

Si consideramos en retrospectiva los movimientos estudiantiles que acaecieron en los años sesenta, en todos ellos podemos encontrar un común denominador: el agotamiento de la ideología dominante por un lado y la ausencia de canales adecuados de participación política por el otro." Aun bajo tales circunstancias, el movimiento estudiantil—ya sea en Berkeley, República Federal de Alemania, París o la República Popular China— suele iniciarse aparentemente por una banalidad, crece y se fortalece dentro del recinto universitario, trasciende el campus, se enfrenta con el aparato de Estado, se repliega, se **atomiza** y muere. Su falta de institucionalización le impide sobrevivir más allá de algunos meses, a lo más de manera latente por algunos años. Finalmente, el ala más radical del movimiento opta por la violencia, crea su propia ideología, se aísla de la sociedad y de la universidad y perece en lucha contra el Leviatán. Tal fue el caso del grupo anarquista **Baader/Meinhof** en Alemania, de las brigadas rojas en Italia, de los últimos miembros de las Guardias Rojas en China, o de la Liga 23 de Septiembre en México, que acabaron por endurecer los instrumentos coercitivos del Estado: leyes de excepción en Alemania, Loi *anticasseurs* en Francia.

Sin embargo, en todos los casos el movimiento estudiantil ha sacudido la conciencia nacional, puesto que obliga a la sociedad y al Estado a indagar por las raíces que lo nutren y que muchas veces pasan desapercibidas para los propios estudiantes, quienes abonan las huestes de los partidos políticos y sacuden al mismo tiempo las anquilosadas estructuras universitarias. Generalmente, a las causas ya señaladas se agrega la acción social que en Max Weber se **vislumbra** como anticipación a futuro: ante la certidumbre de una situación específica que necesariamente habrá de presentarse, se anticipan determinadas acciones para evitarla o eludirla. Así, la expectativa con arreglo a fines anticipa una acción social, que claramente puede observarse en los estudiantes auspiciada por la incertidumbre que les depara el futuro, particularmente incierto en el México de fin de siglo y de sexenio.

¹¹ Estos elementos fueron estudiados por el autor en su oportunidad en el núm. 8 de *Deslinde*, "El movimiento estudiantil: alcances y limitaciones", México, UNAM, 1972, y en el núm. 2 de *Estudios Políticos*, "La universidad y la insurgencia estudiantil", México, UNAM, 1976.

Comunidad y sociedad

La magnífica obra de Tönnies, *Gemeinschaft* und *Gesellschaft* (Comunidad y sociedad), es retomada por Max Weber para diferenciar los elementos y características de ambas formaciones sociales.¹² La comunidad, característica del medio universitario, es definida por Max Weber como sigue:

Llamamos comunidad a una relación social cuando y en la medida en que la actitud en la acción social[...] se inspira en el sentimiento subjetivo[...] de los participantes de constituir un todo.¹³

En cambio, la misma definición de sociedad nos explica la incapacidad del movimiento estudiantil de proyectarse más allá de las aulas:

Llamamos sociedad a una relación social cuando y en la medida en que la actitud en la acción social se inspira en una compensación de intereses por motivos racionales (de fines o de valores) o también en una unión de intereses con igual motivación. La sociedad, de un modo típico, puede especialmente descansar [pero no únicamente] en un acuerdo o pacto racional, por declaración recíproca.¹⁴

La comunidad estudiantil, fincada en la camaradería, la emotividad, el afecto, refugio de la inseguridad adolescente, festín de jolgorio y happening, muestra la cohesión y participación propia de la comunidad, donde la cooperación y la reciprocidad fortalecen y articulan al grupo al interior, pero simultáneamente lo aíslan del exterior. No es difícil así que dentro del movimiento estudiantil se intensifique la creatividad utópica, con metas y fines que rebasan la realidad social y que parecen accesibles simplemente a partir de una actitud voluntarista, que caracteriza típicamente al movimien-

¹² Max Weber, *op. cit.*, pp. 33 y ss.

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Idem.*

to estudiantil: basta con querer, demandar, exigir, manifestar, hacer responsables a los otros de las consecuencias de las propias acciones, para obligar al sistema a cambiar de rumbo y acomodarse a los propósitos y signos de las nuevas generaciones.

La sociedad, en cambio, tiene sus propias reglas y fines. **Fincada** en un equilibrio de intereses, donde los fines, ideologías y valores de determinados grupos sociales son incapaces de prevalecer sobre los demás, llega necesariamente a conformar un equilibrio racional, donde aquello que se cede de una parte es compensado por la cesión de la otra, de tal manera que, aun cuando no se logre nunca la consecución óptima de los intereses o valores propios, finalmente lo alcanzado en determinado grado se compensa por la tolerancia o reciprocidad manifiesta de la contraparte, lo cual conduce a lo que Weber denomina acuerdo o pacto racional, aun cuando las desigualdades y disparidades de los grupos sociales permanezcan inalterables.

Y es aquí donde la dificultad de embonar ambas esferas sociales —la comunidad y la sociedad— crea una muralla insalvable para los jóvenes utópicos, que al correr de los años comprobarán necesaria y empíricamente que la terca sociedad se aferra a su modo de ser y actuar, y que los cambios no son tan inmediatos ni rápidos como los estudiantes, sobre todo los procedentes de las clases medias, quisieran y pudieran realizar. El desenlace puede ocurrir y se da en distintos grados:

- a) la participación y el interés disminuyen debido a que la sociedad o el régimen político en turno abren válvulas de escape para las demandas estudiantiles;
- b) la terminación de la carrera proporciona expectativas de mejoría a futuro;
- c) la represión estatal desarticula y dispersa a los grupos estudiantiles, y
- d) los grupos se cierran aún más hacia el exterior y optan por la violencia.

Difícilmente podemos identificar algún movimiento estudiantil triunfante: casi todos —por no decir todos— han tenido una duración efímera y sus demandas y propósitos sólo remotamente han

sido satisfechos. En Praga y México la represión estatal decapitó brutalmente al movimiento. Los estudiantes comprobaron en carne propia la violencia del Leviatán sin que ninguna de sus demandas fuera atendida en lo inmediato. Como movimientos demandantes fracasaron, aun cuando la semilla de la inconformidad fructificó en movimientos políticos posteriores, cuando el gobierno en turno juzgó conveniente incorporarlas a sus programas coyunturales de gobierno (autonomía universitaria del 29) o para legitimarse frente a grupos políticos adversos (apertura democrática).

En Estados Unidos, en Alemania y en Francia los acuerdos **cu-pulares** de los partidos políticos, las medidas gubernamentales y la reforma universitaria diluyeron el movimiento estudiantil hasta que se disolvió por sí mismo. En China y en Turquía los movimientos estuvieron vinculados a facciones políticas que los prohijaron e impulsaron, hasta que el triunfo político buscado hizo **innecesaria** su existencia. Los jóvenes de las guardias rojas que prosiguieron con sus ideales y actividades después de que Mao Tse Tung triunfó sobre sus adversarios **políticos**,¹⁵ fueron enviados a las remotas provincias de China para ser "reeducados" mediante el trabajo agrícola. En casi todos los movimientos estudiantiles, una pequeña fracción activa y radical a ultranza se refugia en la clandestinidad para utilizar la violencia contra el aparato de Estado (Italia, Alemania, México). Invariablemente, la fuerza del Estado acaba por infiltrar, desarticular y aniquilar a estos grupos disidentes, que no logran obtener ni la simpatía popular ni la solidaridad estudiantil, quedando a fin de cuentas abandonados en su solitaria lucha contra el Leviatán omnipotente.

Autonomía del saber

De conformidad con Niklas Luhmann, la sociedad se compone sustancialmente de **comunicación**.¹⁶ La sociedad establece códigos de comunicación simbólicamente generalizados que hacen posible el

¹⁵ Niklas Luhmann, *op. cit.*

¹⁶ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales*, México, Alianza/UIA, 1991; *Introducción a la teoría de sistemas*, México, Anthropos/UIA/Iteso, 1996.

sistema social, el cual a su vez incluye subsistemas claramente autónomos y diferenciados. Así, la economía, la política y la ciencia constituyen sistemas cerrados que se reproducen a sí mismos (autopoieticos) y que sólo consideran a los otros subsistemas como entorno, o sea toman de aquéllos lo necesario para su propia reproducción.

No viene aquí al caso elaborar una introducción a la obra de Luhmann, menos autocitarme, para evitar caer en la reiteración y en el narcisismo académico que los estímulos pecuniarios en boga han hecho proliferar. Sí deseo sin embargo, citar parte del prólogo que la coordinadora de una publicación sobre el estado actual de la ciencia política hiciera sobre mi contribución al tema, prólogo en el que vi cabalmente reproducido mi propósito discursivo y que, a diferencia de las entrevistas periodísticas, donde el entrevistado no suele reconocerse en absoluto en la versión dada, aquí sí puedo afirmar que, efectivamente, eso fue lo que quise decir:

Ciertamente, el diálogo con enfoques teóricos contemporáneos constituye una contribución a la maduración teórica de la ciencia política, tan necesaria para un crecimiento equilibrado de la disciplina. En esta línea se inserta el trabajo de José Luis Hoyo en tomo a la obra de Niklas Luhmann y su aporte a la comprensión del sistema político. Este diálogo, iniciado durante la presencia de Luhmann en nuestro país, se continúa en una presentación sistemática de sus aportes teóricos y metodológicos. Fundada en el constructivismo e incorporando en su seno el concepto de autopoiesis de Humberto Maturana, la teoría de Luhmann elimina radicalmente la antigua concepción clásica de causa-efecto y la sustituye por la visión de sistemas que se autorreproducen. A través de la actualización del concepto de totalidad y de la comunicación como elemento constitutivo de la sociedad, así como la visión de los sistemas sociales como parte constitutiva de la misma, el paradigma luhmanniano se construye a través de los ricos nexos entre sistema, entorno, complejidad, autorreferencia, inclusión y exclusión. Particular interés cobra la concepción del autor sobre el subsistema de poder, mismo que es presentado en las interacciones entre poder y coerción, perfilándose el primero

como un código simbólicamente generalizado que incorpora con igual grado de relevancia a mandatarios y súbditos; en este sentido, se distancia de las concepciones tradicionales de poder, diferenciando el código y el proceso de comunicación. Hoy, que la ciencia política y las ciencias sociales asisten a la diversificación de enfoques y perspectivas de análisis, hoy encuentra el aporte fundamental de Luhmann en la toma de distancia de los paradigmas analógicos y su contribución a una producción teórico-metodológica que **permitiría** a la ciencia política estar a la altura del rigor característico de las ciencias naturales.¹⁷

En efecto, para Niklas Luhmann —y con ello entramos a una teoría válida para el tercer milenio— cada subsistema elabora sus propios códigos simbólicamente generalizados a través de los cuales se comunica y autorreproduce. Así, para Luhmann "el poder es una oportunidad para aumentar la probabilidad de la realización de combinaciones improbables de **selecciones**",¹⁸ selecciones que corren a cargo tanto de quien detenta el poder como de quien a él se somete, sujetos a quienes define como el **alter** y el ego. En la relación de poder entre ambos ocurre un proceso de doble contingencia, en el que el acuerdo-desacuerdo habrán de solucionarse en el tiempo reduciendo las probables contingencias hasta lograr una realización común.

Luhmann compara así el poder con un catalizador, en el que éste (el poder) permanece inalterado, mientras que acelera o retarda las discrepancias o acuerdos entre los factores de poder. Así, el poder no puede desplegarse más que dentro de su propio código, independientemente de la ciencia o de la economía, sistemas que se producen y reproducen **autónomamente** y con independencia del poder, lo cual no quiere decir que éste no trate de aprovechar al máximo los elementos que de la economía o de la ciencia se pueda allegar, dado que constituyen a su vez el entorno del cual se alimenta y nutre. A la inversa, la economía no puede producir más que bienes y la ciencia no puede producir más que conocimientos.

¹⁷ Judith Bokser, *Estado actual de la ciencia política*, México, UAM/IFE/CNCPAP, 1996, p. 21.

¹⁸ Niklas Luhmann, *Poder*, España, UJA/Anthropos, 1995, pp. 18 y ss.

Así, el supuesto causal es archivado por Luhmann junto con los trastos aristotélicos para dar paso a una nueva *interrelación* en la que el sistema, precisamente, porque puede diferenciarse de su entorno, se mantiene y nutre:

En el contexto de una teoría general de los sistemas sociales autopoieticos, describimos la ciencia como un sistema funcional de la sociedad moderna que ha podido diferenciarse bajo condiciones históricas del marco social y convertirse en una unidad operativa propia, es decir, en condiciones para diferenciar lo verdadero de lo que no lo es.¹⁹

Y es aquí precisamente donde se introduce el sistema de la ciencia, cuyo código de configuración se da sobre la base del símbolo de la verdad, que operacionalmente deriva en el binomio *verdad-error*.²⁰ El sistema de la ciencia se cierra sobre sí mismo y sólo puede referirse a sí mismo (autorreferencia). Es desde allí y a partir de allí que puede generar conocimientos y elaborar sus propias disciplinas.

La diferencia entre el sistema político y el de la ciencia ya había sido prefigurada en sus efectos desde la obra de Max Weber *el político y el científico*,²¹ obra por cierto dedicada a los políticos de la república de Weimer, la así llamada “República de los intelectuales”, en la que la ética de la verdad se confundía con la ética de la responsabilidad, para finalmente dar al traste con ambas a la vez.

En efecto, el sistema de la política y el sistema de la ciencia son incompatibles entre sí. La política no puede producir más que contingencias de poder y la ciencia no puede producir más que conocimientos. Si la una invade el campo de la otra, la desvirtúa y corrompe, ya se trate de la República de Weimer o de la República Mexicana. Los doctorados característicos de la academia cobraron gran lustre entre los círculos políticos, particularmente desde el sexenio pasado, y proliferaron, no por cierto, como símbolo de conocimiento, sino como filtro de *exclusión* para quienes no tenían

¹⁹ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, México, Anthropos/UIA/Iteso, 1996, p. 11.

²⁰ *Ibid.*, pp. 222 y ss.

²¹ Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1987.

el privilegio de pertenecer al círculo íntimo del poder. La ética de la verdad queda así subordinada a la ética del poder, no para mejorarlo sino para darle un prestigio ficticio que contribuye a aumentar no la ciencia ni el conocimiento, sino la cuota de poder.

El movimiento estudiantil del 99

El último movimiento estudiantil del milenio tiene características sustanciales que lo diferencian de sus homólogos anteriores. Fernando Pérez Correa²² hace un análisis exhaustivo de su origen, composición y proceder. Me limitaré a descifrar *la diferencia que hace la diferencia*, para emplear un lenguaje luhmanniano, de los movimientos que lo precedieron y del 68 en particular:

1. Su origen, a diferencia del 68, no parece ser una causa banal: toca una fibra sensible de una sociedad que por 17 años consecutivos ha estado sometida a un empobrecimiento creciente y a la reducción de oportunidades de empleo y movilidad social.
2. Esta sensibilidad social es capitalizada por una facción de un partido político de oposición que una década atrás había reclutado y formado cuadros en la universidad, teniendo como bandera el mismo causal. Esta facción, carente de sustento entre la población civil, esgrime el control estudiantil para lograr cuotas de poder dentro del propio partido (PRD) y en la administración del gobierno del Distrito Federal.
3. La falta de actualización teórica de los dirigentes de este grupo les impidió visualizar la diferencia entre la década anterior y la presente: o sea, la instrumentación de una reforma política nacional que delimitó y circunscribió espacios específicos para la contienda política, factor que estuvo ausente tanto en el 68 como una década atrás.
4. Los cuadros simpatizantes del gobierno del Distrito Federal rápidamente se vieron rebasados por grupos radicales que

²² Fernando Pérez Correa, "La inteligencia secuestrada", *Etcétera*, núm. 353, México, 4 de noviembre de 1999.

los consideraron como parte del sistema: no es lo mismo ser partido de oposición que partido en el poder, con la carga de exclusión y resentimiento que el acceso al mismo conlleva.

5. La comunidad estudiantil, enfrentada y reprobada por la sociedad, se recluye en sí misma y no admite más que su propia verdad: al punto de las cuotas, que son oportunamente derogadas, se suman otras demandas de un cúmulo de pendientes por resolver.
6. La solidaridad y compactación del grupo de los denominados "ultras" excluye a los vergonzantes "moderados", simpatizantes del PRD, que junto con ellos compartieron la responsabilidad de paralizar la universidad, pero que sin embargo estaban dispuestos a "negociar" el levantamiento del paro.
7. La cohesión interna, identificación y solidaridad del grupo remanente llega al punto de poner en tela de juicio la organización institucional de la universidad, y las razones esgrimidas por sus profesores eméritos encuentran escaso eco, cuando no franco rechazo: la desconfianza anula los argumentos racionalmente sustentados.
8. La solución se empantana entre los continuos **peloteos** de grupos y autoridades: los paristas demandan el todo o nada. Las autoridades reclaman el diálogo y luego la intervención del Estado. El gobierno en turno remite a la autonomía.
9. Los profesores toman distintas actitudes frente al problema: unos adulan al movimiento **estudiantil**,²³ otros se retiran a la vida privada; algunos piden la intervención de la fuerza pública; otros se manifiestan públicamente contra el paro; los más quizá esperan que el problema se resuelva por sí solo; lo cierto es que, conforme a la apreciación presidencial, no existe una voluntad común del profesorado.
10. Los estudiantes, principalmente los de menores ingresos, ven truncada su carrera al perder efectivamente un se-

^a Esta actitud fue percibida por Gaos en el movimiento que derrocó al rector Ignacio Chávez: véase José Medina Echevarría, José Gaos, *Responsabilidad de la Universidad*, México, El Colegio de México, 1999, p. 86.

mestre.²⁴ Muchos no pueden concluir sus estudios, otros abandonan los estudios superiores, los menos se inscriben a universidades privadas.

11. El conflicto pone en tela de juicio la existencia misma de la UNAM: hay ex rectores que proponen dividirla, profesores que reniegan de la integración del bachillerato al sistema universitario, intelectuales que sugieren la separación de los institutos de investigación de la docencia. El tamaño y presupuesto de la UNAM ciertamente rebasa el de varios estados de la federación.
12. El gobierno no da muestras claras de su parecer sobre el futuro de la universidad. Algunos políticos proponen que el Congreso Universitario debe darse en el seno del Congreso de la Unión.

Perspectiva a futuro

Podemos afirmar que el movimiento estudiantil del 99 es muy parecido a aquel movimiento zapatista —el de la Revolución Mexicana— que a decir de Womack, fue obra de "unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución".²⁵ Es particularmente sorprendente la negativa de los estudiantes a ser evaluados por el **Ceneval**, así como su oposición al "neoliberalismo" y a los "dictados del Banco Mundial". Uno se pregunta de inmediato si los estudiantes de preparatoria, de las **ENEP** o los "padres de familia" que acompañan a los estudiantes en asambleas, guardias y manifestaciones, realmente conocen el contenido de estas abstracciones convertidas en banderas de lucha. Más todavía, cuando el neoliberalismo hace tiempo que fue sacado del poder desde las urnas tanto en Europa como en Estados Unidos y cuando a la "tercera vía" en boga se superpone el "posmaterialismo", fenómenos que nuestros estudiantes —y los profesores que los secundan— ignoran o pretenden ignorar.

²⁴ Varios profesores y consejeros universitarios de la FCPYS apoyaron el paro bajo el argumento de que "en la UNAM nunca se ha perdido un semestre". Ahora ciertamente podemos decir que "nunca se *había* perdido un semestre".

²⁵ John Womack, *Zapatay la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1985, prefacio.

Más bien parecería que tales organismos nacionales y mundiales constituyen una abstracción que se confunde con una actitud subjetiva del estudiantado: el **temor al futuro**. Futuro que se perfila como una realidad inmanejable y compleja que aparece a distancia como irrefrenable jinete del Apocalipsis, que acarreará desempleo, desigualdad, destrucción, inanición y muerte, fenómeno imposible de comprender y cuantificar: para los paristas no hay otra forma de controlar el futuro, de **reducir complejidad**, como diría Luhmann, más que aferrándose a lo familiar, a lo ya conocido. Un futuro tanto más incierto cuanto que el país se encuentra atado a un Tratado de Libre Comercio y a un mundo globalizado.

No es para menos, en la mente de los jóvenes que desde que nacieron no han conocido más que las frustraciones familiares, las carencias y la **crisis**,²⁶ vislumbrar cualquier medida tendiente a cambiar la educación superior, como una réplica de aquella política económica que prometió el primer mundo para las nuevas generaciones y que a cambio trajo más corrupción, mayor desigualdad social y más desempleo. Los cuarenta millones de indigentes que sobreviven en el territorio nacional, no son de ninguna manera un "mito genial", sino una realidad tangible que oscurece el territorio nacional. Si algún signo distingue y marca al movimiento del 99, es cabalmente la **desconfianza**: hacia el gobierno, hacia la oposición política, hacia las autoridades, hacia los medios de comunicación, hacia sus profesores, incluidos los eméritos, hacia sus compañeros de clase.

Si, como afirma Niklas Luhmann, la confianza se basa en la reiteración de actos, también es muy cierto que **depende de que la inclinación al riesgo se mantenga bajo control y que la cuota de desilusiones no sea demasiado grande**. "Por desgracia, la historia reciente de México proporciona poca **confiabilidad** en las instituciones, normas y procedimientos, que han mermado la viabilidad institucional y que impulsan al individuo a buscar soluciones simples y drásticas, cuando no míticas e irracionales:

²⁶ En días anteriores los periódicos informaron sobre la detención del 'Comandante Antonio'. Su hermana relató que él sí sabía lo que es la necesidad: hacían una comida al día, el menú era tortilla con sal y café.

²⁷ Niklas Luhmann, *Confianza*, Barcelona, UIA/Anthropos, 1996, p. 155.

Consecuentemente la desconfianza también logra la simplificación, a menudo una simplificación drástica. Una persona que desconfía necesita tanto de más información como al mismo tiempo limita la información en la que se siente seguro que puede confiar. Se hace *más* dependiente respecto a *menos* información. La posibilidad de ser engañado se convierte una vez más en algo que tiene que tomarse en **cuenta**.²⁸

Así como los estudiantes del 68 fueron los hijos del autoritarismo social y estatal que hicieron crisis en aquel año memorable, los jóvenes —y otros no tan jóvenes— del 99 son los hijos de la carencia, la frustración y el desengaño. La desconfianza hereditaria de una generación que ha vivido de promesas y cuyo futuro es incierto, se aferra al pasado con el altísimo riesgo de quedar **petrificados**, de refugiarse en los mitos²⁹ y, como Pol Pot, **retroceder** al pasado y condenarse a perder el control del presente.

La renuncia de un rector más, no resuelve el problema de la universidad; por el contrario la expone y lo agrava. Ha llegado el momento de pensar en la nueva Universidad que requiere el país, y esto no puede ser obra exclusiva de los universitarios, sino responsabilidad de la nación entera. Quizá un pacto previo entre los partidos políticos, el *Pacto por la autonomía*, podría **perfilear** para la universidad una autonomía real y no solamente formal y por ende ficticia, que abriera los cauces de una independencia real entre la política y la ciencia, para el cumplimiento cabal de sus respectivas funciones y beneficio real y colectivo de todos los mexicanos.

²⁸ *Ibid.*, p. 154.

²⁹ Ernst Cassirer, en *El mito del Estado*, (México, FCE, 1988), nos dice que cuando el hombre es incapaz de aprehender racionalmente su situación político-social, debido a catástrofes o cambios vertiginosos en la sociedad, recurre al mito como instrumento de comprensión de lo que no puede explicarse, renunciando con ello simultáneamente a la actitud racional.